

IDEA DE LA POLÍTICA EN CLAUSEWITZ

Aníbal Romero

(1998)

1

El propósito de este estudio es comentar la nueva edición en lengua inglesa de la obra fundamental de Karl Von Clausewitz **De la guerra**, publicada por Princeton University Press en 1976 (711 pp), así como los masivos tomos de Raymond Aron en torno al pensamiento de Clausewitz. La edición estuvo a cargo de tres de los más importantes estudiosos contemporáneos de la obra de Clausewitz: Peter Paret, Profesor de Historia en la Universidad de Stanford y autor del libro **Clausewitz y el Estado**, un trabajo sólido y de alta calidad académica; Michael Howard, historiador y Fellow de All Souls College, Universidad de Oxford, autor de, entre otros, un libro que se considera básico sobre **La Guerra Franco-Prusiana**; y Bernard Brodie (ya fallecido), profesor de Ciencia Política en la Universidad de California, autor de varias obras de gran influencia en el pensamiento estratégico moderno, tales como **Estrategia en la era del misil y Guerra y política**.

Además de presentar una traducción completamente nueva del texto original de Clausewitz, que supera en precisión y claridad a la que hasta ahora se consideraba la mejor edición en inglés (realizada por el Coronel F.N. Maude en 1908 y reeditada muchas veces, con base en una traducción hecha en 1874), Paret, Howard y Brodie han añadido a esta nueva edición tres ensayos introductorios y una "guía para la lectura" de **De la guerra**, de gran utilidad para una mejor comprensión de la obra.

Los ensayos de Paret, Howard y Brodie explican numerosos aspectos cruciales para una interpretación correcta de **De la guerra**. Ante todo, aclaran que Clausewitz no logró concluir su obra; los manuscritos que había dejado fueron publicados por primera vez dos años después de su muerte, en 1832. En una "nota introductoria" escrita en 1827, Clausewitz indicó que hasta ese momento, y luego de varios años de arduo trabajo, había logrado completar seis de los ocho libros en que estaba dividida la obra, los libros séptimo y octavo eran apenas esbozos. Cuando éstos fuesen terminados, el autor revisaría la totalidad de la obra para clarificar dos temas centrales a los que previamente no había concedido la atención necesaria. Esos dos temas: la naturaleza dual de la guerra y la concepción de la guerra como un acto político, los cuales habían sido sugeridos pero no lo suficiente-mente profundizados en el texto original, tenían tal importancia que exigían una reelaboración del conjunto de la obra.

En esa nota de 1827, Clausewitz advirtió que: "Si me sorprende una muerte temprana, lo que he escrito hasta ahora sólo merecerá ser considerado

una masa informe de ideas. En tal condición, mi trabajo estará sujeto a interminables distorsiones críticas y será el blanco de numerosos comentarios parciales..." (p. 70). En esto Clausewitz fue profético, y no es fácil encontrar otro caso de un autor que sea tan citado y tan poco leído. Clausewitz murió en 1830, y para entonces sólo había logrado revisar a su entera satisfacción el capítulo 1 del Libro I, es decir, sólo una muy pequeña parte de una obra que consta de ocho libros y más de cien capítulos.

De tal manera que **De la guerra** es no sólo una obra inacabada, sino también una obra en la cual no son explorados a fondo dos temas fundamentales de cuya verdadera relevancia Clausewitz tomó conciencia muy tarde. Sin embargo, como lo apuntó el mismo Clausewitz en su nota de 1827, "un lector que vaya sin prejuicios en búsqueda de la verdad reconocerá el hecho de que los primeros seis libros, a pesar de sus imperfecciones, contienen el fruto de años de estudio y reflexión sobre la guerra" (p. 70). Los libros siete y ocho, sobre "el ataque" y "los planes de guerra", tienen el mismo carácter inconcluso de los demás, pero están llenos de ideas importantes que, como el resto de la obra, han establecido la reputación de Clausewitz como uno de los más grandes analistas del fenómeno guerra.

El significado de la famosa frase del capítulo 1, libro I: "la guerra es la continuación de la política por otros medios" solo puede ser entendido cabalmente en conexión con los dos temas ya mencionados que ocuparon lugar preeminente en las reflexiones de Clausewitz al final de su vida: la naturaleza dual de la guerra y el hecho de que la guerra es, **en su totalidad**, un acto e instrumento político.

Al comienzo del libro I, Clausewitz define la guerra como "un acto de fuerza dirigido a obligar a nuestro enemigo a cumplir nuestra voluntad" (p. 75). De acuerdo con esta primera definición "absoluta" o "abstracta", toda guerra conduce necesariamente a la aniquilación o sometimiento total del enemigo debido a la acción recíproca de las fuerzas y de las voluntades, cada una de las cuales busca imponer su propia ley sobre la otra. Pero esta "ley de los extremos" no siempre se aplica en la realidad, ya que el fenómeno guerra no solo está compuesto de esa "violencia primordial" que "puede ser vista como una ciega fuerza natural", sino también "del juego del azar y de la probabilidad en el cual el espíritu creador puede manifestarse libremente, y de un elemento que subordina a los demás, como instrumento político, el cual sujeta la guerra a la razón" (p. 89). La guerra no es nunca un acto aislado: "cuando comunidades enteras van a la guerra ...ello siempre se debe a una cierta situación política y surge de un motivo político" (pp. 86-87), y en la realidad no siempre los fines políticos de los beligerantes son ilimitados y se dirigen a aniquilar al adversario o destruir su existencia política independiente. Aun las guerras de aniquilación, que más se acercan a su forma "absoluta", son "políticas" en el sentido de que se derivan de determinadas condiciones políticas y tienen un fin político.

La naturaleza dual de la guerra tal y como Clausewitz la definió al fin de su vida, es expresada en dos tipos de conflictos, cada uno concebido de acuerdo con su propósito político. En primer lugar, la guerra que se realiza con el fin de derrotar completamente al enemigo para: a) destruirlo como entidad política autónoma; o b) para forzarlo a aceptar cualquier clase de términos de paz. En segundo lugar, guerras que se realizan para obtener ventajas limitadas, con objeto de: a) retener esas ventajas; o b) utilizarlas en la mesa de negociaciones. Durante el período prenapoleónico, desde 1648 a 1789, las

guerras europeas fueron en gran medida del segundo tipo y se llevaron a cabo por objetivos limitados. En esa etapa histórica existía un marco estable de relaciones internacionales en Europa dentro del cual estados diferentes podían actuar y hacer la guerra por objetivos limitados, que usualmente no incluían la meta de derribar el propio sistema internacional. La Revolución Francesa transformó esa situación; el ejército revolucionario francés no estaba compuesto de soldados profesionales sino de "patriotas" que iban a la guerra para extender los principios revolucionarios a lo largo y ancho de Europa. Napoleón entendió la importancia de es-tos nuevos factores y los canalizó en una vasta empresa bélica cuyo fin era demoler el orden internacional que hasta entonces predominaba en Europa y construir un nuevo sistema bajo la égida de la Francia imperial.

Clausewitz percibió claramente las implicaciones revolucionarias del período napoleónico y reaccionó en su contra; si bien Clausewitz no se identificó plenamente con el *ancien régime*, luchó contra Napoleón debido al carácter ilimitado de los objetivos políticos de Francia. La actitud asumida por Clausewitz frente a los desarrollos históricos de su tiempo tuvo una profunda influencia sobre su filosofía de la guerra y éste es un punto que no queda lo suficientemente aclarado por Paret, Howard y Brodie. La idea de Clausewitz acerca de la relación entre guerra y política y sus concepciones sobre el predominio del factor político en la guerra están estrechamente conectadas con su planteamientos sobre la naturaleza dual de la guerra y con su posición de rechazo a las pretensiones hegemónicas de Napoleón.

Paret señala (p. 22), aunque no explica, el hecho de que Clausewitz utiliza la palabra "política" en dos sentidos diferentes: en primer lugar, para designar el mundo objetivado (lo que Marx denomina "relaciones sociales"), y en segundo lugar para referirse a las decisiones del jefe de Estado que Clausewitz identifica con los fines políticos de un Estado frente a otro. De esta distinción se derivan importantes consecuencias que dan origen a una tensión no resuelta en la obra de Clausewitz: la tensión entre las fuerzas de la violencia y las fuerzas de la razón política. En efecto, cuando Clausewitz escribe en el capítulo 1 del libro I, que aun las guerras mas violentas, las que más se acercan a la forma "absoluta" de guerra a ultranza, siguen siendo "políticas" ya que son circunstancias políticas las que generan la violencia, sólo retiene uno de los dos sentidos que el término "política" posee en su obra: el de relaciones históricas objetivadas. Esto es así, ya que si el entendimiento político es el factor que controla la violencia bélica, y el hecho de que la guerra ascienda a los extremos significa que esa razón política pierde paulatinamente su dominio sobre los factores "irracionales".

Clausewitz sostiene que la guerra tiene una naturaleza dual, y que el primer tipo está constituido por las guerras de aniquilación; pero cuando discute el problema de la relación entre guerra y política, Clausewitz maneja frecuentemente una concepción **subjetiva** de la política (los fines o intenciones políticas) que de hecho excluye las guerras de aniquilación como un tipo de guerra que pueda ser considerado un instrumento político racional. En otras palabras, Clausewitz establece una divergencia irreconciliable entre el principio de supremacía del factor político y las guerras de aniquilación. Esto se debe a que la obra de Clausewitz encierra una filosofía política conservadora de acuerdo con la cual la guerra puede llevarse a cabo por dos razones: 1) para defender el orden establecido; y 2) para dirimir disputas dentro de ese orden;

es decir, los objetivos de la guerra deben ser limitados, de lo contrario la guerra tiende a acercarse a su forma absoluta y cesa de ser un instrumento político racional. Para que la limitación en los fines políticos sea posible, es indispensable que el orden internacional posea legitimidad y que esta legitimidad sea aceptada por todos los estados que la integran. Es decir, para que el orden internacional sea legítimo, se requiere que no exista dentro de él un poder revolucionario cuyo propósito sea la destrucción de ese orden (como era el caso de Francia en el período napoleónico).

2

Para Clausewitz, el problema de la guerra era también el problema de la paz, de la coexistencia entre estados soberanos, y no podía imaginar de qué manera podría surgir la paz si se realizaban los ilimitados objetivos políticos de Napoleón. Clausewitz pensó sobre la guerra dentro del contexto de un orden internacional que veía amenazados sus propios cimientos por el reto de un actor revolucionario, la Francia imperial, que cuestionaba los fundamentos de legitimidad vigentes. Clausewitz tomó partido por el orden, e interpretó el período napoleónico como la transición entre dos épocas históricas: de un lado se hallaba el sistema internacional europeo de 1648 a 1789; de otro lado emergía un nuevo sistema que inició su existencia luego del fin de las guerras napoleónicas. La restauración del orden logró preservar un sistema de estados soberanos basado en el balance de poder, un tipo de sistema cuya función, como explicaba Bull, "no ha sido la de preservar la paz, sino la de defender la independencia de los Estados soberanos, e impedir que esa sociedad de Estados sea transformada por medio de la conquista militar en un imperio universal, y hacer esto, si ello es necesario, con el uso de la guerra".¹ Clausewitz tomó partido por este tipo de orden, un orden que utiliza la guerra como un instrumento con fines limitados, que no incluyen la aniquilación de los contrarios. La moderación en la guerra exige un acuerdo implícito de los adversarios, el tipo de acuerdo que había permitido la supervivencia del sistema de estados europeos a favor del cual luchó el autor de **De la guerra**. El compromiso ideológico, no siempre explícito, de Clausewitz y su filosofía política conservadora le llevaron finalmente, en el libro VIII de su obra a interpretar las guerras napoleónicas como conflictos bélicos que se acercaron a la "forma absoluta" de la guerra a pesar de que fueron el resultado de desarrollos políticos objetivos: "la guerra experimentó significativas alteraciones en su carácter y en sus métodos que la acercaron a su forma absoluta. Mas estos cambios no se produjeron a causa de que el gobierno francés se hubiese liberado de los condicionamientos de la política, sino que fueron causados por las nuevas condiciones políticas creadas por la Revolución tanto en Francia como en el resto de Europa, condiciones que han dado origen a fuerzas novedosas y que han permitido hacer la guerra con una intensidad previamente

¹ H. Bull: **The control of the Arms Race** (New York: Praeger, 1965), p.39

inconcebible" (p. 610). Es evidente que, en este pasaje, Clausewitz utiliza el término "política" en sentido **objetivo**, como el conjunto de situaciones históricas que dieron impulso a la empresa bélica napoleónica y llevaron la guerra hacia su forma "absoluta". Si la guerra "absoluta", como violencia pura, es una guerra no-política, está claro también que Clausewitz contrapone "guerra de aniquilación", por un lado y "razón política" por otro. Las guerras con fines ilimitados cesan de estar sometidas al entendimiento político, tal y como Clausewitz lo concibe; por lo tanto, para Clausewitz, el único tipo de guerra que puede ser considerado un instrumento político racional son las guerras limitadas. Las guerras de Napoleón, aunque objetivamente surgen de la "política", pues se desprenden de una determinada situación histórica, se alejan progresivamente de la "política" en sentido subjetivo, pues su ascensión hacia extremos de violencia y sus fines ilimitados debilitan el control racional que debe ejercer el entendimiento político.

La argumentación anterior puede sintetizarse así: 1) De acuerdo con Clausewitz, la guerra es un compuesto de violencia original, azar y probabilidad, y razón política que es el factor que establece los fines y controla los medios; 2) La ascensión hacia los extremos de la violencia, como en las guerras de aniquilación, acerca la guerra a su forma absoluta; 3) La guerra absoluta cesa de ser un instrumento político y se convierte en algo irracional; 4) La limitación de los fines políticos es la más firme garantía de control político; los fines políticos ilimitados de las guerras de aniquilación llevan a la guerra a la forma absoluta; 5) En conclusión, Clausewitz identifica implícitamente "razón política" con fines políticos limitados.

Los cambios introducidos en el balance de poder europeo por la Revolución Francesa llevaron a Clausewitz a la siguiente conclusión: "... el que a partir de ahora (fin de las guerras napoleónicas) los conflictos bélicos en Europa sean llevados a cabo con todo el poder de los estados, y en consecuencia tengan su origen en aquellos grandes intereses que afectan íntimamente al pueblo, o el que una separación entre los intereses del Gobierno y del pueblo surja de nuevo gradualmente, es algo extremadamente difícil de predecir... Pero se puede estar de acuerdo en que las barreras, al ser derribadas, no son fáciles de construir nuevamente, y que cuando grandes intereses estén en disputa, la hostilidad mutua se descargará de la misma forma como lo ha hecho en nuestro tiempo" (p. 593). En este pasaje, Clausewitz pone de manifiesto su comprensión de que nuevas y poderosas fuerzas históricas habían hecho su entrada en la escena europea. Por otra parte, a todo lo largo del capítulo 3, libro III, es posible percibir la aspiración de Clausewitz a un retorno al tipo de estabilidad preexistente a la Revolución Francesa, a un sistema internacional legítimo que someta la guerra, por mutuo acuerdo de sus integrantes, a controles políticos definidos. Su compromiso ideológico con el orden prerrevolucionario impidió a Clausewitz entender la verdadera naturaleza de las fuerzas históricas que estaban transformando el contexto político europeo; por esta razón pensó que las nuevas energías sociales, políticas e ideológicas desencadenadas por la Revolución, la creciente intensidad de los combates, el carácter radical de sus resultados y el resquebrajamiento del orden internacional europeo significaban que la guerra se acercaba a su forma "absoluta". Pero lo que de hecho ocurrió fue que la política dejó de ser patrimonio exclusivo de grupos reducidos para convertirse

en un fenómeno de masas envueltas en agudos conflictos sociales y luchas nacionalistas. Las "guerras de gabinete" habían pasado a la historia y ya no era posible para los gobiernos separar la política exterior de la política interna o establecer una clara distancia entre la guerra y la sociedad. Clausewitz prescribió la limitación de los fines en momentos en que los desarrollos de la economía, la sociedad y la política empezaban a conducir a los estados europeos hacia las más grandes e ilimitadas conflagraciones..

En sus excelentes ensayos, Paret, Howard y Brodie no resaltan con la intensidad necesaria esa tensión presente en la obra de Clausewitz, aunque Howard se refiere de pasada a " la paradójica central de toda guerra, la dialéctica entre las fuerzas de la violencia y las fuerzas de la razón" (p. 29). De haber tenido tiempo de revisar su obra, quizás Clausewitz hubiese hecho mucho más explícita su "toma de partido por la razón" en el sentido aquí expuesto como limitación de los fines políticos dentro de un orden legítimo. Ciertamente, ese dilema entre fines y medios a que se ha hecho referencia y la distinción entre guerras de aniquilación y guerras limitadas inciden crucialmente sobre el problema del control político de la guerra y de la relación entre política y estrategia. Clausewitz reconoció desde un principio el condicionamiento político de la guerra, pero fue sólo a partir de 1827 cuando captó el hecho de **la penetración de todo el acto guerrero por la política.**

Como lo expresaba en una carta del 22 de diciembre de 1827: "La guerra no es un fenómeno independiente sino la continuación de la política por otros medios. En consecuencia, los lineamientos básicos de todo gran plan estratégico son de naturaleza esencialmente política, y su carácter político se intensifica mientras más amplio sea el plan, al aplicarse a campañas enteras a todo el Estado... Un plan de campaña se deriva del plan de guerra, y en el caso de que exista un solo teatro de operaciones ambos planes pueden ser idénticos. Mas el elemento político está presente hasta en los componentes separados de un plan de campaña, y raramente dejará de tener influencia en episodios de tal importancia en la guerra como las batallas, etc. De acuerdo con esto no puede haber una evaluación puramente militar de los asuntos estratégicos ni esquemas puramente militares para su resolución" (citado por Paret, p. 7). La evaluación de los asuntos estratégicos desde una perspectiva política expresa otro sentido del término en Clausewitz: política como la percepción que de la realidad objetiva tienen los actores políticos y el análisis que hacen de la misma. Correctas decisiones políticas son la mejor garantía de una correcta decisión estratégica: "Con objeto de evaluar la escala real de los medios que es necesario emplear en la Guerra, debemos ante todo definir el fin político desde nuestro punto de vista y también desde el punto de vista del enemigo; debemos igualmente considerar el poder y la posición del Estado enemigo así como del nuestro, el carácter de su Gobierno y de sus habitantes y las capacidades de ambos, y todo esto asimismo de nuestro lado" (pp. 585-586). La eficacia de la política en este sentido se basa en la precisión de sus análisis de las condiciones socioeconómicas, políticas, psicológicas y militares existentes para ambos bandos en conflicto en determinadas circunstancias.

La estrategia militar es un instrumento de acción. Corresponde a la política establecer el fin de la guerra: qué se quiere lograr con la guerra, lo cual influye decisivamente en la determinación de los objetivos militares: que se quiere conquistar **en** la guerra. Si el fin político no está claro, la posibilidad de controlar los medios militares y de utilizarlos eficazmente disminuye. La política

no puede pedirle a la estrategia lo que no está en capacidad de dar; los fines no deben exceder la potencialidad de los medios. La estrategia a su vez, no puede desembarazarse de la política, a riesgo de perder su sentido de dirección y su naturaleza instrumental. En palabras de Clausewitz: la guerra tiene su propia gramática (la confrontación estratégica), pero no su propia lógica (que le es dada por la política): "Puede imaginarse el caso de que la política plantea exigencias que la guerra no sea capaz de cumplir; mas esta hipótesis es contraria a la inevitable y natural suposición de que la política conoce el instrumento que planea utilizar" (p. 607). El cambio en los fines políticos influye sobre la conducta de las operaciones ¿pero de qué manera exactamente? ¿Cuál es la diferencia entre un plan de guerra para un conflicto de aniquilación y un conflicto limitado? ¿Cómo interviene el factor político en uno y otro? Estas son preguntas que quedan sin respuesta precisa en **De la guerra**, preguntas que sin duda Clausewitz habría afrontado con la lucidez y el fervor intelectual que le caracterizaban de no habérselo impedido una muerte prematura.

En el desarrollo de su obra, Clausewitz se aproximó a la posición de hacer de la guerra limitada el único tipo de guerra políticamente legítimo, con base en una toma de partido ideológico del cual puede derivarse una prescripción: la guerra **debe** ser limitada porque las guerras de aniquilación debilitan las capacidades de control de la razón política. En nuestro tiempo, con la invención de las armas de destrucción masiva, el problema de la limitación de la guerra adquiere una relevancia singular, y la obra de Clausewitz vuelve a revelar, por esa y por otras muchas razones, toda su importancia como uno de los más lúcidos y profundos tratados jamás escritos sobre el tema de la guerra.

El pensamiento de Clausewitz ha sido sometido a muy diversas interpretaciones, y ello en parte puede atribuirse a la baja calidad de numerosas ediciones de **De la guerra**, que o bien son incompletas o bien están acompañadas de notas explicativas que —como ocurre con la edición hecha por Maude en 1908— distorsionan los propósitos y el significado de la obra de Clausewitz. Otro problema ha sido el de las traducciones, usualmente poco confiables y realizadas sin tomar en cuenta toda la sutileza del discurso clausewitziano. La edición de Princeton University Press aquí comentada, constituye sin duda un trabajo excepcional, que afronta y supera son creces los defectos de previas publicaciones de **De la guerra**. Peter Paret, Michael Howard y Bernard Brodie han realizado una labor realmente excelente, que hace accesible la obra de Clausewitz a un mayor número de personas que en el caso del original alemán.

3

Como lo demuestran sus numerosos libros y ensayos sobre relaciones internacionales y estrategia, en los que el nombre de Clausewitz reaparece constantemente, Raymond Aron fue por años un asiduo estudioso de la vida y la obra del autor de **De la guerra**. Este interés de Aron ha quedado plasmado en un libro suyo —publicado en 1976— que proporciona una excelente visión de conjunto de la obra de Clausewitz y explora aspectos novedosos que habían sido poco tomados en cuenta previamente.

El libro de Aron consta de dos volúmenes;² el tomo I está dedicado a analizar el proyecto teórico de Clausewitz, la formación de su pensamiento, el plan de **De la guerra**, y el desarrollo del Tratado con base en tres parejas de conceptos clave en torno al tema de la guerra: los medios y los fines, la moral y lo físico, la defensa y el ataque. Aron discute la concepción de la historia presente en la obra de Clausewitz y dedica un interesante capítulo al problema de la posible influencia intelectual de Kant, Hegel y Montesquieu en **De la guerra**. El tomo II lo dedica Aron a rastrear la influencia y las diversas interpretaciones de las ideas de Clausewitz a partir de la segunda mitad del siglo XIX, desde Moltke hasta Hitler y Mao Tse Tung, pasando por Ludendorff, Lenin, Liddell Hart, etc., y posteriormente a discutir los principales problemas estratégicos de la era nuclear con base en las concepciones sobre la relación entre guerra y política expuestas en **De la guerra**.

En opinión de este comentarista, los dos volúmenes del libro de Aron tienen una calidad desigual. El tomo I es el producto de una profunda investigación bibliográfica y de un cuidadoso y ponderado análisis del texto de Clausewitz, y aporta muy valiosos elementos para la plena comprensión de esa obra fundamental. El tomo II, en cambio, cubre demasiado temas a veces de manera superficial, y repite afirmaciones no del todo acertadas que ya habían aparecido en trabajos anteriores de Aron.

Es imposible comentar aquí las numerosas ideas de interés que contiene el primer volumen; por ello sólo haré referencia a un punto básico planteado con gran fuerza argumentativa por Aron: "Clausewitz luchó, por así decir, en dos frentes: de un lado contra los seudorracionalistas que pretenden reducir la estrategia en la teoría o en la práctica a un ejercicio estrictamente racional; de otro lado, contra aquellos militaristas anti-intelectuales que desprecian la ciencia y desconfían de los oficiales que se absorben en los libros" (Vol. I, p. 219). En otras palabras, Clausewitz se enfrentó a dos tipos de dogmatismo; en primer lugar, el dogmatismo de los que pretenden, como Jomini y Von Büllow en su tiempo, convertir la estrategia en un ejercicio puramente racional y sometido en forma estricta a "leyes" geométricas y matemáticas y a "principios" inmutables de aplicación universal. En segundo lugar, Clausewitz luchó contra el dogmatismo de los que menosprecian los problemas teóricos, contra los que pierden de vista que la relación entre estrategia y política ilumina la relación entre teoría y práctica, y contra los que olvidan que, como lo dice en **De la guerra**: "el principal actor en la guerra debe llevar consigo todo el aparato mental de su conocimiento y ser capaz en todo momento de tomar por sí mismo las decisiones adecuadas. Mediante esta completa asimilación con su mente y su vida, el conocimiento debe ser convertido en poder real" (**On War**, ed. cit, p. 147). Clausewitz acepta que hay diferencias entre el intelectual y el hombre de acción, pero enfatiza la necesidad de que el jefe militar posea los conocimientos que requiere su profesión y la sutileza mental que le permita entender la guerra como acto político y actuar en consecuencia. A la pregunta: ¿cuáles son esos conocimientos?, Clausewitz intenta responder con lujo de detalles en su obra.

² Aron, **Penser la guerre, Clausewitz**, Vol. I "L'age européen", 472 pp.; Vol. II "L'age planétaire", 365 pp. (París: Gallimard, 1976). 390

Clausewitz luchó durante toda su carrera intelectual contra aquellos teóricos que intentan sujetar la estrategia a "reglas" y "principios" cuya estricta observación constituiría supuestamente una "garantía de victoria". A estos teóricos —que como Von Büllow y Jomini se convertían en abanderados de "principios fundamentales" al estilo de "la correcta relación entre la base y las líneas de operaciones" o "la maniobra en líneas interiores"— Clausewitz hacía cuatro reproches: 1) La consideración exclusiva y unilateral de una variable entre las muchas que intervienen en un fenómeno tan complejo como la guerra; 2) El rechazo a tomar suficientemente en cuenta la influencia de las fuerzas morales en la guerra; 3) La ilusión del cientificismo mediante el intento de cuantificar factores que son por naturaleza ajenos a este tipo de tratamiento matemático; 4) El olvido de que en todo conflicto bélico hay una acción recíproca entre dos adversarios con voluntades independientes (Vol. I, p. 288). Estas críticas de Clausewitz tienen que ver tanto con la concepción de la guerra como fenómeno sociopolítico así como también con el problema de la función específica de la teoría de la guerra. Von Büllow y Jomini pretendían crear una "ciencia de la guerra; para Clausewitz, éste era un objetivo imposible de alcanzar, ante todo porque —como ya había dicho Sun Tzu muchos siglos atrás: "Así como el agua carece de una forma constante, no hay en la guerra condiciones permanentes.³

Lo que impide una "ciencia de la guerra" como la entendían algunos contemporáneos de Clausewitz y como aún se entiende hoy en día, es por un lado el conjunto de condiciones que diferencian el combate **real** de los combates **simulados** o imaginables: la ambigüedad de las informaciones sobre el enemigo, la incertidumbre en cuanto a las fuerzas morales y el funcionamiento operacional de las maquinarias militares, etc.; y, por otro lado, la acción recíproca de las voluntades, el hecho de que en la guerra la voluntad de cada uno de los contrincantes se ejerce no sobre una materia inerte sino sobre **otra** voluntad que puede reaccionar de manera imprevisible: "De esas dos causas se deduce el carácter singular y único de toda situación a la que se enfrentan el jefe militar y sus hombres" (Vol. I, p. 293). Clausewitz no niega la posibilidad de un creciente progreso en el análisis "científico" del fenómeno guerra, pero utiliza ese término en un sentido muy especial referido al **objetivo** de la ciencia que es el **conocimiento**; el arte, por otra parte, se dirige primariamente a **crear** y **producir**. La expresión a "ciencia de la guerra"; en relación a otras artes —como la pintura y la arquitectura— con las cuales Clausewitz compara el arte de la guerra, este último presenta un rasgo original que le coloca en una dimensión peculiar a sí mismo: en este caso, el "artista" no manipula fuerzas inertes, materiales, etc., sino que afronta otra **voluntad**. La voluntad guerrera busca destruir o doblegar una voluntad diferente que por naturaleza se opone a la suya.

³ Sun Tzu, **The Art of War** (oxford: Oxford University Press, 1977),p. 101

No obstante, existe una teoría de la guerra, así como hay una teoría de la arquitectura, que reúne un conjunto de conocimientos útiles para la conducta de la guerra. Para Clausewitz, el desarrollo de la teoría de la guerra es una actividad científica cuyos resultados no son proposiciones dogmáticas, ya que la variedad y el cambio constante en la guerra no permitirían su sujeción a un sistema rígido. En la teoría de la guerra cualquier simplificación dogmática — por ejemplo, que la victoria depende del control de puntos clave o de la destrucción de las líneas de comunicación enemigas— tiende a falsificar la realidad. Según Clausewitz, la función de la teoría de la guerra, y de la educación en general, no es transmitir una enseñanza positiva, claramente definida y sólidamente establecida, sino desarrollar la capacidad crítica y analítica de los individuos: "dar al artista o soldado puntos de referencia y standards de evaluación en áreas específicas de su actividad, con el propósito final no de decirle **cómo** actuar sino de desarrollar su capacidad de juzgar por sí mismo las situaciones" (Paret, loc. cit, p. 15). Éste fue el sentido de la labor de Clausewitz en **De la guerra**, y ello queda perfectamente claro en el primer volumen de la obra de Aron.

El segundo volumen del libro de Aron titulado "La era planetaria", si bien contiene aspectos de indudable interés, carece de la profundidad y riqueza intelectuales del primer tomo. En particular, Aron falla en la interpretación de ciertos eventos históricos, y su exposición sobre los problemas de la relación entre estrategia y política en la teoría y la práctica militares de nuestro tiempo no tiene la coherencia argumentativa y el cuidado en los detalles que caracterizan el primer volumen. Esto se pone de manifiesto en los dos primeros capítulos donde se discuten temas relacionados con la primera y segunda guerras mundiales. Aron analiza las características principales del pensamiento militar europeo antes de 1914, pero no se detiene a considerar el contexto político de la época y los objetivos políticos de los diversos poderes, sin lo cual es imposible entender lo ocurrido en esa gran conflagración que derribó tres imperios y fue uno de los factores clave que permitió a Lenin y los bolcheviques llevar a cabo la Revolución Rusa.

Todos los bandos, previamente al estallido de la Primera Guerra Mundial, confiaban en que de producirse un conflicto éste sería intenso pero de corta duración. Los planes estratégicos se basaban sin excepción en concepciones ofensivas destinadas a alcanzar objetivos militares decisivos en el corto plazo; mas al iniciarse las batallas, los nuevos desarrollos tecnológicos —la ametralladora, la artillería de tiro rápido, los fusiles de repetición, y los sistemas de trincheras— pronto detuvieron el ímpetu de los ataques. Ante el fracaso de los planes militares se planteó el problema: ¿qué nueva decisión tomar? Militarmente la guerra se había estancado, pero políticamente la dinámica histórica que la había originado continuaba su avance escapando al control de líderes políticos y militares.

La estabilización militar de los frentes encontró a las tropas alemanas del frente occidental ocupando a Bélgica y partes de Francia, y se produjo luego de una gran victoria alemana sobre Rusia en el frente oriental. En tales condiciones era difícil para los líderes políticos alemanes dar marcha atrás y aceptar un retorno al *statu quo* previo a la guerra. Los fines políticos expansionistas de Alemania y la decisión de sus adversarios de cerrar a un

nuevo competidor las puertas del colonialismo y el mercado mundial capitalista se conjugaron para eliminar la alternativa de un arreglo político del conflicto. Los aliados franceses, británicos y rusos habían sufrido serias pérdidas, pero fueron capaces de impedir una debacle militar total. En tal situación, a medida que los costos en vidas y recursos se acrecentaban para cada uno de los contrincantes en inútiles ofensivas contra frentes estáticos e impenetrables, se acentuaba para los gobiernos la necesidad política de justificar la guerra ante las masas y ante sus establecimientos militares, de probarle a la opinión pública de sus países que los sacrificios en que se estaba incurriendo no serían en vano. El miedo a la derrota, el temor de ser los perdedores, se convirtió en una verdadera obsesión de victoria definida en términos puramente militares. De aquí surgió un abismo entre estrategia y política que no hizo sino acrecentarse a medida que se prolongaba la guerra. Aron no aclara que los planes de guerra eran ofensivos precisamente porque los fines políticos de los poderes en pugna eran, particularmente en el caso de Alemania, agresivos y dirigidos a la expansión territorial.

En el segundo capítulo, Aron acepta sin críticas la interpretación del general von Manstein en torno a los objetivos operacionales para la invasión nazi de la URSS en junio de 1941. De acuerdo con este análisis, bastante difundido entre historiadores del período, el fracaso del plan se debió a que Hitler optó por objetivos operacionales de orden político (Leningrado) y económico (la Ucrania y el petróleo del Cáucaso) en lugar de concentrarse primeramente en la destrucción del Ejército Rojo en forma directa a través de una operación central contra Moscú. De hecho, sin embargo, Hitler tenía **la misma** intención que sus generales: rodear y destruir, como primer objetivo, a las fuerzas armadas rusas; la diferencia estaba en que Hitler consideraba que ese objetivo se lograría más eficazmente mediante grandes operaciones envolventes en lugar de los ataques frontales contra importantes centros poblados propuestos por sus asesores militares.⁴ Como lo reveló el Mariscal Timoshenko en un informe secreto de 1941, los soviéticos temían sobre todo la posibilidad de que los alemanes fuesen con el grueso de sus fuerzas tras los objetivos inicialmente delineados por Hitler: "Si Alemania logra conquistar Moscú, ello será sin duda un rudo golpe para nosotros, pero de ninguna manera desmembrará nuestra estrategia... Alemania mejorará su posición, pero así no ganará la guerra. Lo único que interesa es el petróleo".⁵ Los generales alemanes, como Napoleón antes que ellos, estaban simplemente obsesionados con la captura de Moscú porque suponían que la caída de la capital produciría un colapso político y psicológico en la URSS. El énfasis en la toma de Moscú (que se acentuó después de agosto de 1941, una vez que la resistencia soviética ya había demostrado que los objetivos originales del "plan Barbarroja" no podrían alcanzarse antes del invierno), no provenía en lo fundamental de la creencia que ésa sería la mejor manera de destruir al Ejército Rojo, sino de la esperanza de acabar con la URSS por medio de un solo golpe decisivo. Los enormes

⁴ Véase B.A. Leach, **Germán Strategy against Russia: 1939-1941** (Oxford: Oxford university Press, 1973), p. 110.

⁵ Citado por D. Irving, **Hitler's War** (London: Hodder, 1977), p. 348. 396

sacrificios humanos y materiales sobrellevados estoicamente por el pueblo soviético en 1941 y 1942 hacen pensar que la resistencia en la URSS no se habría de ninguna manera derrumbado con la caída de Moscú a manos de una segunda *grande armée*, esta vez comandada por Hitler en lugar de Napoleón. Las victorias obtenidas por las fuerzas alemanas en batallas envolventes como la de Kiev y otras operaciones del otoño en 1941, que permitieron la ocupación de Ucrania, gran parte de Crimea y abrieron las puertas del Cáucaso a los nazis, sugieren que la estrategia establecida por Hitler en relación con el objetivo de destruir las fuerzas soviéticas era más eficaz que los ataques directos defendidos por sus principales generales. Con estos ataques seguramente sólo habrían logrado empujar al Ejército Rojo hacia el interior de los inmensos espacios de la URSS, pero sin eliminarlo. El "plan Barbarroja" falló, en última instancia, porque los objetivos de Hitler sobrepasaban con mucho las capacidades de Alemania para realizarlos.

El capítulo 4 sobre "los tratados de la disuasión" (pp.139-184) es probablemente el más interesante del segundo volumen. Allí Aron analiza las principales etapas en la evolución de las doctrinas estratégicas norteamericanas desde 1945 hasta el presente, y concentra su atención sobre algunos de los libros más influyentes a lo largo de todo el período. Aron demuestra, en su discusión de obras como **On Escalation** de Hermann Kahn y **Arms and Influence** de Thomas Schelling, la poca asimilación de los principios básicos de Clausewitz sobre la relación entre guerra y política que caracteriza estos libros y otros muchos de gran influencia en los medios académicos y militares de Estados Unidos.

En **On Escalation**, por ejemplo, Kahn hace una pintura de jefes de Estado siempre libres de controlar la violencia y de actuar razonablemente en medio de las crisis más graves. No obstante, "lo que la experiencia vietnamita ha enseñado a los responsables de la acción exterior de Estados Unidos es la limitación de su autonomía tanto por su propia opinión pública como por la naturaleza del sistema interestadual, y también la inutilidad —para alcanzar ciertos fines políticos— de armas que no se emplean y que el adversario no teme por la simple razón de que sabe que no serán utilizadas" (Vol. II, p. 153). Schelling, por su parte, se abstuvo explícitamente de analizar el problema **político** de la guerra de Vietnam. Sin embargo, "no era difícil encontrar en ese libro una aprobación de la acción norteamericana en Asia del Sudeste... como si tal aprobación del método o del medio pudiese separarse, en una diplomacia de la violencia, de un juicio sobre la política misma..." (Vol. II, p. 155). En estas páginas, Aron realiza una crítica incisiva de toda una escuela de pensamiento estratégico que en ocasiones se ha autodefinido como "neo-clausewitziana" pero que en verdad deja de lado las más relevantes enseñanzas de Clausewitz. También en ese capítulo (Vol. II, p. 159). Aron presenta una interpretación algo sui géneris e incompleta de la estrategia de "respuesta flexible" de Kennedy-Mc Namara, la cual no toma en cuenta el hecho de que a nivel estratégico-nuclear, el fundamento básico de esa doctrina estaba en el mantenimiento de una superioridad avasallante de las fuerzas nucleares norteamericanas sobre las soviéticas, y que de allí se desprenden en buena parte las razones que explican la colocación de misiles soviéticos en Cuba y la "crisis del Caribe" en octubre de 1962.

En el capítulo 6 titulado "La política o la inteligencia del estado personificado", Aron realiza un interesante y agudo comentario del brillante libro

de André Glucksmann: **El discurso de la guerra** . En éste trabajo, Glucksmann sostiene que, en **De la guerra**, Clausewitz asume la autonomía del cálculo puramente estratégico (militar) aún cuando éste se encuentre al servicio de un fin político. Según Glucksmann "Existe un cálculo estratégico autónomo; mientras se refiera a él, el político puede encontrar en la guerra un instrumento manejable, dominable, y no solamente explosivo ⁶ Como bien señala Aron, es totalmente erróneo atribuir tal concepción a Clausewitz; Glucksmann basa su argumento en algunas frases del capítulo 1, libro I, de **De la guerra**, mas en esa primera parte del capítulo Clausewitz se está refiriendo a la definición "abstracta" o "absoluta" de guerra como "acto de fuerza destinado a forzar a nuestro enemigo a cumplir nuestra voluntad". En las siguientes páginas de ese mismo capítulo, Clausewitz pasa a considerar las guerras **reales** en las que intervienen otros factores además de la violencia y que son en su totalidad un acto político. La definición de "guerra absoluta" sirve a Clausewitz tan sólo como una idea regulativa cuya crítica permite descubrir la verdadera esencia de la guerra como fenómeno penetrado por lo político en todos los momentos de su desarrollo. Clausewitz habría rechazado de plano la afirmación de Glucksmann: "toda guerra es política, y sin embargo, se puede **pensar** separadamente la guerra en sí misma, en sus caracteres específicos... La estrategia juzga a la política; teniendo su inteligibilidad propia, permite medir lo serio de la acción política efectiva..." (Glucksmann, ob. cit., pp. 326 y 338). En frases como éstas se "invierte" completamente a Clausewitz y así lo indica Aron en su crítica a Glucksmann. Sin embargo, Aron no explora la comparación que Glucksmann establece entre Clausewitz y Mao Tse Tung y su tesis de que: "La relación guerra-política es idéntica en Clausewitz y en Mao". Glucksmann pisa terreno más firme al atribuir a Mao frases como las citadas anteriormente; su error está en poner en boca de Clausewitz argumentos que sí pueden extraerse de los ensayos militares de Mao pero que no están en **De la guerra**.

En los trabajos de Mao sobre estrategia, en especial **Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China y Sobre la guerra prolongada**, se encuentra una línea de pensamiento que resalta esa "autonomía del cálculo estratégico" de la que habla Glucksmann. ¿Significa esto que Mao, político revolucionario por excelencia, concedía al factor político una influencia menor que la que Clausewitz le otorga? La evidencia textual conduce a una respuesta afirmativa de esa pregunta, lo cual no viene sino a recalcar la palpitante actualidad de **De la guerra** y el hecho de que se trata de una obra todavía bastante inexplorada.

⁶ A. Glucksmann, **El discurso de la guerra** (Barcelona: Anagrama, 1969), p. 48.